

reloj de arena

El Dorado turismo del error

Por Alejandro Bruzual

“No deseo para Venezuela, así haya claros ejemplos de otros países, el destino de país de turismo. Los países de turismo son por lo general, pueblos muertos, estacionarios o en decadencia. De gente que tiene ruinas para mostrárselas a los demás”

Enrique Bernardo Núñez

El turista es un mal pasajero que queda aunque se haya ido. Más que viajero, es un activo consumidor que propicia las bondades del servilismo. Escarba en el alma de la gente lo que no trae consigo. Cuando compra, desvirtúa la suerte del que vende a otros. Con el muro cayeron las aberrantes tiendas para turistas de los países del Este. Creaban zonas especiales para capturar divisas extranjeras de extranjeros. Embajadores del placer ajeno, suman artificio y falsedad a su gesta. En Las Vegas, las pirámides de Egipto distan cien metros de los canales de Venecia, y por sus calles alardean las prostitutas sus conquistas democráticas. Juego de tronos y droga, capos de tres estrellas.

Hace años, participé en una organización pacifista que promovía el encuentro de nacionalidades. La solidaridad ofrecía tiempo para conocerse, establecer equivalencias y diluir prejuicios. Un viejo aviador de la Luftwaffe, un antropólogo especialista en Latinoamérica, una pareja gay en Copenhague, un estudiante de literatura japonesa, una mujer que me abrió su casa en París, sin conocerme y sin su presencia. “No cambiaría, ni que me robaran mil veces”, me confesó luego. Conversar, recorrer mapas, contar historias. Nada decía mi apellido, mis amistades, era el reto de serlo todo en presente. A un suizo, que leía con el saxofón cantos gregorianos, le preparé mi primer pabellón. “Exotic!, exotic!”, decía entusiasmado, mientras devoraba caraoatas ahogadas en cebolla, y una carne mechada en extremo picante de tan torpemente latinoamericana.

Sin límites de tiempo ni espacio, cualquier dirección me llevaba adelante, y lo fue con lentitud de años. Así, aprendí a detestar las metas apresuradas del turismo, peor adjetivado de aventura, ecológico, gastronómico, cultural... La cruzada cántara por castillos inexistentes. La promoción del camino a Santiago en bicicleta. La misteriosa ruta del Inca. Todo tiene precio, en particular para quien no puede pagarlo. Mientras, más destruye la ignorancia prepotente del turista que siglos de ignominia. La desidia italiana, que trueca ruinas históricas por decadencias nuevas, en su peor erupción construyó sobre las cenizas solidificadas un local de comida rápida en el centro de Pompeya.

En esta época se sufre otra esnob obsesión turística: pretender no serlo. Ejerci-



cio del consumismo neoliberal, el viaje se hace un lujo coleccionable. Se desprecia la gastronomía local ante mezclas similares de ingredientes internacionales. Se lee menos poesía, pero se publican más guías Michelin. Toda Lisboa en tres circuitos. Berlín para Dummies. Las diez obras imprescindibles del Museo Británico. Las grandes capitales apertrechan al visitante de nostalgias de lo que alguna vez fueron. Poco a poco se reducen las diferencias, y el comercio impera como el espacio privilegiado de una sociabilidad globalizada. Tiendas, fuentes de soda, teatros escenifican la libertad del consumo. Las barcas de Chapultepec ya no recuerdan las flores de María Candelaria. Los puentes sobre los lagos suizos parecen dibujos postales con cisnes de artificio. Los castillos del Loira y Cenicienta. Es el simulacro de la nacionalidad en tiempos posnacionales remedando la aceleración del dinero inexistente. Ancianos barrigones que tocan rock cuidadosamente despeinados. El jazz como arqueología cultural y virtuosismo encarecido.

Apenas encontré en Chicago una placa que recordaba los muertos del primero de mayo, y nadie sabía sobre The Green Mill, que resistía en los suburbios. Precisamente, a partir de esa Navidad, la angustia no podría llenarse de humo ante una normativización represiva que los protege de sí mismos. Hordas ansiosas de lo prescrito penetran la hueca libertad de Nueva York y la mirada del Cristo de Corcovado. Mi afán de viajero me condujo a albergues vacíos en medio de tormentas de nieve, en una Francia que todavía no cambiaba crepes por Big-Mac's, y se jactaba de rechazar esa Disneylandia que hoy incorpora la Torre Eiffel como diversión. Cuando los chinos

“Cuando los chinos todavía no vociferaban altaneros su nuevo imperio, medrosos japoneses interponían ropas occidentales a la *Gioconda*, ciegos al misterio del *San Juan Bautista* entre sus sombras”

todavía no vociferaban altaneros su nuevo imperio, medrosos japoneses interponían ropas occidentales a la *Gioconda*, ciegos al misterio del *San Juan Bautista* entre sus sombras.

La sed de novedades turísticas incorpora la porno-miseria en visitas a las favelas de Río de Janeiro y se glorifican safaris reales. Es la lógica del snuff, desnudar la culpabilidad catárquica de una pobreza injustificable, una violencia reprimida, una sexualidad cosificada. Célebres turistas pederastas y diplomáticos aficionados al Magreb, viven la emoción sin riesgo al precio redundante de humillar la miseria. Recuerdo las jineteras cubanas durante el “periodo especial”, y a los viles camareros que les franqueaban el paso, cargando sobre los pocos dólares de su sexualidad revolucionada y caribeña. Mientras el hambre de los niños cancelaba la esperanza en sus pupilas, vi a un mexicano ebrio, con reloj de oro y guayabera, festejando con indolencia una luna de miel en el bar de Hemingway.

No soporto la detestable narrativa de los guías turísticos, la infantilización de los grupos con banderitas, la reducción de la experiencia a precarios recuerdos digitales. Preferí perderme por las calles, apostando a cuatro orientaciones como un flaneur que se niega importancia a sí mismo. Recuerdo el olor a ajo de Málaga al amanecer. La plaza principal de Ciudad Real llena de obreros esperando la vendimia. Un pasaje subterráneo a las afueras de Viena, donde una adolescente dejó una rosa en el estuche de mi guitarra.

Hay quien engrandece la banalidad turística como solución ante la incapacidad productiva que nos deshace. Llegarán a la Ciudad de los Caballeros huellas estériles sobre las orejas del frailejón. Guillén, el nuestro, advertía de esos marines que “ven en nuestras hijas nocturnas prostitutas”. Pero cuán distinto sería profundizar vínculos entre pueblo y tierra. Que Los Roques dejara de ser coto italiano con turistas que pagan en el extranjero el color de nuestras aguas. ¿Cómo ir al Salto Ángel vedado por su costo? ¿Cómo entrar en nuestro Amazonas sin correr riesgos de garimpeiro al testimoniar lo que va quedando? Visitar los castillos del Delta, antes de que el Orinoco ahogue sus aguas en la suciedad del Lago de Maracaibo. No nos salvarán los grandes hoteles ni un turismo militarizado. Es más fácil enajenarse que conocerse, abandonarse que defender lo nuestro. Un nuevo camino al Dorado del error y la codicia. Enrique Bernardo Núñez pedía hacerse uno con el paisaje, y murió desilusionado.

relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com
Caracas